

**ALMA**  
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



**MATER**  
AGENDA *Cultural*

**Un acercamiento a Tomás Moro y su Utopía en clave ecuménica** ◀

José Herrera Ospina y Álvaro Ruiz Tamayo

**La utopía vista desde el final** ◀

José Manjón

**La necesidad de la utopía** ◀

Krishan Kumar

**George Orwell y El último hombre en Europa** ◀

Steven Kreis

**Las Utopías**



# editorial

Desde que Tomás Moro escribiera *Utopía* en 1516, la palabra que ideó para dar título a su libro se ha usado para describir al gobierno ideal. La búsqueda de los creadores de utopías consiste en desarrollar un modelo de sociedad donde no existan los males que afectan la convivencia humana y que plagan la sociedad, como son la pobreza, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre, y tantos más.

Pero también la misma palabra, “utopía”, se ha usado para describir un ideal imposible. Se dice de alguien que es “utópico”, cuando propone una meta tan alejada de la realidad presente, que resulta poco menos que inalcanzable.

Allí yace la dicotomía que hace de la utopía un concepto tan interesante: por un lado busca la perfección, por el otro está muy alejada de la realidad. Y eso nos motiva a buscar acercar los dos extremos: el ideal y el real. Las grandes transformaciones sociales de la humanidad durante los últimos tres siglos han significado en gran medida el intento de acortar la distancia, de acercarse un poco más a ese mítico gobierno perfecto.

Aun así, la Historia ha demostrado que la cautela no está de más, pues la utopía puede fácilmente transformarse en pesadilla, cuando su luz es tan brillante que nos ciega y no nos deja ver lo que sucede ante nuestros propios ojos. La búsqueda básica de toda utopía auténtica yace en dos preceptos: la justicia y la verdad; cuando una u otra son traicionadas, es el comienzo del fin de la utopía. Ese momento en que se descubre cuán alérgicas son las utopías ante la realidad. Quizás por eso en el siglo XX —el que más horrores ha producido en nombre del cambio social— se inauguró otro género: la distopía. Exactamente lo contrario a la utopía, la distopía es una visión del futuro con olor a pesadilla, ejemplificada por las terribles visiones de autores como Orwell, Huxley y Zamyatin.

En cuanto a este milenio que apenas comienza, no parece ser un tiempo propicio para la utopía. Según algunos, la Historia ha acabado ya, por lo que la democracia representativa y la economía de mercado son los mejores sistemas que podremos tener nunca, a pesar de que el hambre, la pobreza y la injusticia continúen prosperando entre nosotros. Al respecto, quizás sea bueno recordar una frase de Winston Churchill: “La democracia no es una solución perfecta, pero es la menos mala.”

---

Aun así, es posible también que existan opciones que aún no hayamos descubierto. Por eso, si deseamos una sociedad mejor, si no deseamos permanecer en el punto donde estamos, probablemente sea necesario darle a la Historia un nuevo motor y crear nuevas utopías; pero al mismo tiempo es vital aprender a mirarla con sentido crítico para evitar que se repitan los errores del pasado. Con este propósito en mente, la **Revista Agenda Cultural Alma Máter** brinda a sus lectores algunos textos sobre la utopía y su sentido. Porque un milenio nuevo requiere de nuevas utopías... Pero hay que buscarlas con los ojos bien abiertos.

# George Orwell

## y *El último hombre en Europa*

► Por Steven Kreis

En este ensayo se nos brinda una breve historia de la utopía y su contraria, la distopía, antes de adentrarnos en el análisis de la más grande novela distópica de todos los tiempos: 1984 de George Orwell

**C**omo un dispositivo literario y como un género literario, la ficción utópica ocupa una extraña, aunque indudablemente importante, posición en la historia de literatura occidental. Porque en una utopía el autor se las arregla para combinar los hechos, la ficción, la fantasía y la ciencia ficción. De hecho, dentro de los confines de una utopía, cualquier cosa puede ir. Un autor presenta una clara visión de qué clase de sociedad él desea ver desarrollarse en el futuro. Lo que él cambia en esa visión es un producto tanto de su experiencia, como de la imaginación que esa misma experiencia ha ayudado a producir. En 1979, Frank y Fritzie Manuel publicaron *Pensamiento Utópico en el Mundo Occidental*, un trabajo macizo que, más o menos, culmina el trabajo de sus vidas. En el prólogo, dicen lo siguiente de la utopía:

*“Cada utopía, enraizada como está en un tiempo y lugar dados, está obligada a reproducir el escenario de su mundo particular, así como sus preocupaciones con problemas sociales contemporáneos. Aquí las analogías al sueño y la fantasía psicópata pueden ser reveladoras. Observadores del comportamiento paranoico reportan que aunque la enfermedad permanece relativamente constante, las*



El Bosco. La Nave de los locos (Detalle). Óleo sobre tabla, 57,8 x 32,5 cm., Musée du Louvre, París.

*misteriosas fuerzas omniscientes que miran y persiguen a sus pacientes cambian con el tiempo y la tecnología. Pueden ser espectros, teléfonos, radios o televisores en periodos sucesivos. Las utopías no son una enfermedad; pero se aprovechan en grado sumo de los aparatos de una sociedad, quizás de sus modelos más avanzados, acicalados y reestructurados. A menudo un utópico prevé la evolución posterior y las consecuencias del desarrollo tecnológico que ya están presentes en un estado embrionario; puede tener una antena sensible al futuro. Sus artefactos, sin embargo, raramente van más allá de las potencialidades mecánicas de su edad. Aunque él intente inventar algo totalmente nuevo, no puede crear un mundo de la nada.”*

Habiendo establecido que las utopías son, más o menos, productos de la edad en la que aparecen, debemos preguntarnos por qué se escriben utopías en primer lugar. ¿Por qué escribe un autor una novela utópica? ¿Qué condiciones deben existir para que él siquiera contemple la idea? En general, las novelas utópicas, o mejor todavía un marco utópico de pensamiento o método de análisis, sólo aparecen como resultado de malos tiempos. Piensen sobre eso. Si todo fuera como uno quiere, ¿por qué habría necesidad de producir una

crónica que pudiera mejorarlo? ¿Es posible perfeccionar la perfección? Una experiencia de malos tiempos produce visiones del futuro en el que se han eliminado los males de sociedad, reemplazados o trascendidos, normalmente para el beneficio de toda la humanidad. Así ha sido en el pasado... Así fue para el estadista inglés Thomas More (1478–1535). En 1516 More completó su trabajo más importante llamado simplemente Utopía. Compuesto en latín y seguidamente impreso en inglés en 1556, More retrató una Inglaterra de la que él llegó a desconfiar, y una isla llamada Utopía donde habían sido trascendidos todos aquellos males sociales que More había identificado en Inglaterra. More criticó una Inglaterra en la que la riqueza y la ganancia personal habían llegado a significar más que la devoción cristiana y la caridad. En Utopía, él escribe:

“¿No es un gobierno injusto y duro aquel que da grandes cuotas y premios a los caballeros –como los llaman–, a los banqueros y a otros que son personas ociosas, o lisonjeros e inventores de placeres vanos, mientras que los pobres aradores, mineros, obreros, carreteros, herreros y carpinteros –sin quienes ninguna nación podría continuar– son explotados

durante su juventud, y luego, cuando se ven bajo el yugo de la vejez y la enfermedad, estando necesitados, pobres y sin ninguna cosa, resulta que todos sus esfuerzos son olvidados y se les recompensa con una muerte miserable? Y por si fuera poco, además los hombres ricos –no sólo a través del fraude sino también gracias a las mismas leyes– toman botín todos los días quitándole a los pobres parte de su ganancia cotidiana. Así que, si ya antes parecía injusto recompensar con crueldad las penas de los pobres que tan beneficiosas han sido para el Estado, además se les da un trato errado e injusto en el nombre de la justicia, y eso gracias a la Ley. Por consiguiente, cuando yo considero y peso en mi mente todos esos Estados que florecen hoy en día, Dios me perdone porque no puedo percibir en ellos nada más que una verdadera conspiración de hombres ricos procurándose comodidades en nombre del Estado.”

Fue Sir Thomas More quién introdujo las palabras utopía y utópico en el canon del idioma moderno. La palabra utopía, en manos de More, es realmente un juego de palabras. En griego, la palabra topos significa "lugar". Pero el prefijo ou o eu, traducido en inglés moderno como "u", tiene un significado doble: ou significa "ningún", mientras

que eu significa "bueno". En otras palabras, la utopía significaba un "lugar bueno": personificaba una visión del mundo con todos los males sociales removidos. Pero como ficción –aunque el libro de More estaba en parte basado en información obtenida por Amerigo Vespucci (1451–1512)– utopía también ha venido a significar "ningún lugar" o simplemente "en ninguna parte."

Un poco menos de 400 años después de que More escribiera Utopía, los autores ingleses y americanos estaban esforzándose en crear su propia visión de una república perfecta. En 1891, el socialista y diseñador inglés, William Morris (1834–1896), produjo su más conocido trabajo de ficción, oportunamente titulado Noticias de ninguna parte. En opinión de Morris, la sociedad del futuro no tendrá necesidad de un gobierno. Las Casas de Parlamento no serán ya el asiento del gobierno, sino depósitos para almacenar el excremento humano. Casi veinte años antes, el autor inglés y pintor, Samuel Butler (1835–1902), escribió Erewhon, una sátira en la que todas las prácticas convencionales y costumbres son invertidas. El crimen se trata como una enfermedad y la enfermedad como un crimen. Y también está el

americano Edward Bellamy (1850–1898), cuya novela *Mirando hacia atrás*, de 1888, tomó el formato utópico, ahora clásico, de un hombre que va a dormir y despierta 100 años en el futuro. ¿Y qué recuento de la literatura utópica del siglo XIX tardío puede dejar de mencionar al clásico de H. G. Wells (1866–1946) *La máquina del tiempo*? Y si aún buscamos más precedentes, en 1623 un filósofo italiano de nombre Tommaso Campanella (1568–1639), un hereje que fue confinado durante 27 años en Nápoles y que después fue víctima de la rueda por siete años, publicó su fantasía utópica *Civitas Solis* (*La Ciudad del Sol*).

Morris, Campanella, More, Bellamy y Wells son justos representantes de la mentalidad utópica en el pensamiento occidental. Pero quizás la primera utopía fue escrita por Platón, el estudiante de Sócrates y maestro de Aristóteles. La *República* de Platón ha sido siempre considerada como la primera utopía en la Historia. Aunque el diálogo está realmente centrado en la educación y en la cultura requeridas para producir la sociedad perfecta, hay suficiente utopianismo dentro de él para permitirle calificar como representante del marco mental utópico.

Todas estas utopías comparten una cosa en común: se escribieron en momentos en que la sociedad parecía estar desmoronando. Platón, por ejemplo, escribió en un momento en que la democracia directa griega se había vuelto del todo obsoleta. La Edad Clásica de Grecia había terminado. Atenas no era más el centro de la civilización Helénica, habiendo sido derrotada por los espartanos. Los griegos educados empezaron a dudar que la virtud por sí sola llevara a la buena vida. Porque ¿cómo puede uno buscar la virtud en el demos cuando nadie sabe realmente lo que es la virtud? Además ¿cómo podía uno alabar a la ciudad–estado ateniense y su democracia directa, cuando era esa democracia directa la que había condenado a Sócrates –el más virtuoso ateniense– a la muerte? O tomemos el caso de Sir Thomas More, quien era víctima de tensiones, tanto psicológicas en su vida personal como políticas en su vida pública, y ya no podía reconciliar las dos. La conciliación se intentó quizás en su libro, *Utopía*, pero tal vez el último fruto de la obra vino a ser el juicio y decapitación del autor a manos de su verdugo y buen amigo, el Rey Henry VIII. O Campanella, un hereje victimizado, confinado a una

vida de tortura física y psicológica... No es en absoluto una maravilla que él escribiera una utopía llena de iluminación. Después de todo, pasó 27 años en prisión. Lo mismo sucede con Morris, Bellamy y Butler: todos escriben sus fantasías utópicas en un momento en que el materialismo y el nexo del dinero parecían subyugar y dominar a la humanidad. Para los escritores ingleses Morris y Butler, los problemas que identificaron en la sociedad inglesa se centraban en el fracaso de la cultura victoriana para combatir el materialismo que esa misma cultura había producido y sostenido. La economía política liberal del "dejar hacer" no había cumplido su promesa completamente. Era verdad que las riquezas de la nación habían aumentado substancialmente, pero una gran parte de la población, "la gran suciedad", como ellos la nombraban, todavía vivía en espantosas condiciones sociales. Para Bellamy, la situación era un poco diferente. Él descubrió que el gran sueño de la república americana tampoco había cumplido su promesa de mejora lenta pero firme. Más de cien años después de la fundación de la república, el materialismo, el atractivo del dinero, el engaño y la corrupción se habían vuelto los aspectos centrales de una sociedad supuestamente



construida sobre los pilares gemelos del deber cívico y la virtud republicana.

La experiencia de todos estos escritores dio forma a sus fantasías utópicas y visiones. Ilusorio o no, se aferraron a la promesa de un mundo mejor. Así, ellos postularon mundos con gobiernos fuertes, o mundos sin gobierno en absoluto. Había utopías en las que la riqueza se igualaba para todos, así como había utopías en las que la riqueza era abolida completamente. Había mundos utópicos con Dios como mediador, tanto como había utopías dentro de las que había poco espacio para un Dios o unos dioses de cualquier tipo.

El utópico escribió novelas; pienso que ésta es la mejor palabra para describir las obras. Su experiencia dio forma a sus predisposiciones y sus aspiraciones. Parece que estas utopías se produjeron en un momento –dentro de una experiencia– en que la sociedad parecía estar retrocediendo en lugar de acercarse a alguna meta más alta. Para Platón era algo evidente que las virtudes que habían hecho grande a la ciudad–estado ateniense, ya no podían sostener a esa ciudad–estado. Para Thomas More existía el hecho de que, como los ricos sólo estaban interesados en aumentar su riqueza, la mayor parte de la humanidad estaba condenada

a la subordinación y el sufrimiento. Y para William Morris el capitalismo industrial era el gran degradador de la humanidad, pues había despojado de su dignidad al hombre, al sacrificarse arte, pensamiento y creatividad para constituir la clase media y todo lo que representaba.

Pero en el siglo XX, se desarrollaron nuevos dispositivos y técnicas literarios... Dispositivos nacidos no sólo del evidente avance, sino también de la clara experiencia de desilusión, amargura, temor, depresión, terror y abatimiento. El mundo parecía un reloj roto: observado desde la distancia, todo parecía bien, pero si se acercaba el reloj a la oreja no se oía nada.

En 1932, el escritor inglés Aldous Huxley (1894–1963) nos dio su propia visión del mundo en la novela *Brave New World*. Sólo que esta vez la visión no era utópica sino anti–utópica o, a falta de una expresión mejor, distópica. Huxley advertía a sus lectores de la anarquía moral en una edad científica, una edad identificada por las siglas "d.F." (después de Ford). Esto es, por supuesto, deliberado de parte de Huxley; la tecnología para maquinaria desarrollada por Henry Ford (1863–1947), que perfeccionó la línea de ensamblaje, no

sólo había producido las maravillas de la producción mecanizada, sino también el hombre y mujer mecanizados del vigésimo siglo. Huxley pinta una utopía gris, repulsiva –una distopía– en que la armonía platónica es inducida forzosamente por medio de la cría y el condicionamiento científico de una sociedad de robots humanos, para quienes la felicidad es sinónimo de subordinación. El destino de nosotros, los modernos, resulta dolorosamente claro en manos de Huxley : nosotros somos números anónimos (176–45–9925). Los impulsos burocráticos del siglo XX han resuelto el problema de la desadaptación individual: ahora estamos en esto juntos. ¿Pero quiénes somos nosotros sino un número en la hoja de cuentas?

El escritor checo Karel Capek (1890–1938) produjo su propia distopía diez años antes que Huxley, en su enormemente popular obra de teatro *R.U.R.*, cuya premier se llevó a cabo en un teatro de Nueva York en 1921. *R.U.R.* fue la versión siglo XX de una novela de comienzos del siglo XIX de la escritora Mary Shelley (1797–1851) titulada *Frankenstein*. En la obra de Capek, sin embargo, el telón de fondo no es la fábrica que caracterizó al siglo XIX, sino las oficinas comerciales de “Robots Universales

Rossum”, donde nosotros no encontramos propietarios y obreros sino hombres de negocios y robots. De hecho, fue de la obra de Capek, de R.U.R., de donde la palabra robot entró en el idioma inglés por primera vez; una palabra que luego se hizo aún más expresiva en la maravillosa colección de cuentos *Yo, el Robot*, del escritor norteamericano de ciencia ficción Isaac Asimov. Un carácter en R.U.R. observaba que:

“En 10 años los Robots Universales Rossum producirán tanto maíz, tanta tela, tanto todo, que las cosas prácticamente no tendrán costo. No habrá pobreza. Todo el trabajo será hecho por máquinas vivientes. Todos estaremos libres de preocupaciones y nos liberaremos de la degradación del trabajo. Todos viviremos únicamente para perfeccionarnos.”

Bien, allí lo tienen. Un sueño utópico cristiano-marxista-socialista-colectivista-comunista vuelto realidad. El hombre se libra del pecado original; es liberado del trabajo tedioso y del reino de la necesidad para buscar sus propias metas de creatividad y perfección. Como valor adicional todo esto será logrado por el hombre para el hombre; en esta tierra, no en alguna agustiniana ciudad de Dios. Por supuesto, la

moraleja es tan clara como el eventual resultado: cuando los hombres se vuelven dioses y controlan su propio destino, sus creaciones se vuelven para destruirlos. Éste es el destino que sufrirán aquellos que crearon Robots Universales Rossum.

A este poco prometedor retrato, podemos agregar fácilmente la película de 1936 *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin (1899–1977). En guisa de parodia, sátira y bofetada, Chaplin retrata una civilización de la máquina que se ha vuelto loca, literalmente, con la velocidad y la eficacia. Subtitulada “Una historia industrial”, la película comienza con un reloj que llena la pantalla. Esta imagen es seguida por una manada de ganado en estampida. La conexión está completa: tiempo y velocidad son las palabras claves de los tiempos modernos. Aunque *Tiempos Modernos* fue la última película muda de larga duración hecha en los Estados Unidos, de hecho oímos algunas palabras; sin embargo, las voces humanas parecen hostiles a la vida: son inhumanas. Las palabras son órdenes para lograr una eficacia industrial aún mayor a expensas de la salud mental y física del obrero. En la película, las primeras palabras en ser oídas vienen del dueño de la “Compañía Electro-Acero”, quién aparece en una

pantalla de video y ordena “Más velocidad” de la línea de ensamblaje”. Su segunda alocución no difiere de la primera, simplemente ordena: “Sección cinco acelere más, cuatro, siete”. Más tarde en la película, pide al hombre encargado de las velocidades de la línea de ensamblaje “¡Dele hasta el límite!”. El vagabundo, interpretado por Chaplin sufre el efecto de la “Forditis avanzada” y es superado por la velocidad de la línea de ensamblaje sobre la que él aprieta las tuercas: todo se enloquece.

De esto mucho se ha hablado; hay ahora algo de tradición, tanto en la escritura utópica como de la distópica. La tradición entera de la distopía, una tradición nacida entre los años 20 y 30 –lo que espero les diga algo –encuentra a su portavoz más elocuente en la novela 1984 de George Orwell (1903–1950). Como una distopía, 1984 de Orwell permanece como un monumento tanto a la histeria como a la calmada introspección, esto es, si semejante cosa puede imaginarse. Dentro de ella se encarnan el mito y la realidad, y estoy bastante seguro de que permanecerá por un largo rato como un hito regular en todos los cursos de literatura del siglo XX.



GEORGE ORWELL, cuyo nombre de nacimiento era Eric Arthur Blair, nació el 25 de junio de 1903, en un pueblo hindú a unos setenta kilómetros de la frontera con Nepal. Según él mismo cuenta en *The Road to Wigan Pier* (1937), nació en la clase baja-media-alta, un hecho que a él deliberadamente le gustaba recalcar. Orwell fue una paradoja, un hombre ambiguo que clamaba ser socialista, al mismo tiempo que produjo una de las críticas más crueles a los socialistas contemporáneos. En *The Road to Wigan Pier*, Orwell acota que:

“Uno a veces tiene la impresión de que las meras palabras socialismo y comunismo atraen hacia ellas, con fuerza magnética, cada artista pobre, nudista, sexo-maniaco, cuáquero, naturalista, pacifista y feminista en Inglaterra. . . .

Hemos alcanzado una etapa en que la misma palabra socialismo remite, por un lado, a un escenario de aviones, tractores y fábricas relucientes de vidrio y hormigón; y por el otro, a un cuadro de vegetarianos con barbas marchitas, comisarios bolcheviques (medio gángsters, medio gramófonos), elegantes señoras en sandalias, marxistas melenudos masticando polisílabos, cuáqueros prófugos, fanáticos

del control y sórdidos reptiles del Partido Laborista.

¡Si sólo pudieran ponerse en un montón las sandalias y las camisas color pistacho para luego quemarlo, y enviar a cada vegetariano, abstemio y Jesús de pacotilla a sus casas en Ciudad Jardín Welwyn, para que hicieran su yoga calladamente!

Como sucede con la religión cristiana, el peor anuncio para el socialismo son sus conversos”.

La propia versión de Orwell del socialismo no era marxista, ni leninista, ni filosófica, ni incluso económica. Socialismo, para Orwell, significaba simplemente decencia y justicia social. El sistema de clase de las distinciones sociales no ha de ser destruido, sino que, más bien, todos los hombres y mujeres deben concientizarse aún más de su clase y de sus relaciones con otras clases. "Todo lo que se necesita", escribió Orwell, "es clavar dos hechos en la conciencia pública. Uno, que los intereses de toda la gente

explotada son los mismos, y el otro, que el socialismo es compatible con la decencia común."

El libro más importante de Orwell, al menos el que está al frente en nuestra opinión, es *1984*, aunque el favorito personal de Orwell era *La Granja de los Animales* (1945). Publicado en 1949, *1984* le ha dado al inglés los imaginarios y el vocabulario de *Big Brother*, *doublethink* y *Newspeak*. También ahora es posible hablar de ser orwelliano. *1984* también nos dio un modelo de sociedad totalitaria: una visión de poder, control y autoridad utilizados en nombre de la armonía social. ¿Debemos preguntarnos acaso si *1984* corresponde al mito o la realidad? Es decir, ¿estaba describiendo Orwell algo que vio en su propia vida? ¿O estaba proyectando una advertencia de cosas por venir? En el año 1984, la prensa se enloqueció con actualizaciones e historias sobre Orwell. Su retrato apareció en la tapa de la revista *Time*, así como en los periódicos académicos.

Pieter Bruegel El viejo. El censo de Bethlehem. 1566. Óleo sobre tabla, 116 x 164.5cm.



¿Cuánto de lo que Orwell había escrito se había vuelto realidad? ¿Estaba Orwell en lo correcto? Parece que la totalidad del mundo instruido hubiera esperado treinta y cinco años para que llegara 1984, sólo para descubrirlo. Se publicaron numerosas aproximaciones a Orwell, tanto populares como académicas, en los años que antecedieron a 1984.

Al final de 1948, el editor Frederic Warburg recibió un manuscrito de la última novela de George Orwell. Esa novela era 1984. Warburg resumió sus impresiones de la novela con las palabras siguientes: "Este está entre los libros más espantosos que haya leído nunca". Este punto de vista ha tenido eco en muchos críticos y estudiantes de las últimas cinco décadas. El retrato yermo de Orwell de un régimen totalitario fue un factor mayor para que la novela alcanzara su status de clásico. En 1949 vendió 400.000 copias, y para el año 1984 había vendido más de once millones. 1984 todavía es leído por estudiantes de bachillerato y universitarios por igual. De hecho, las ventas del libro, en edición rústica, dan hoy el promedio de aproximadamente 65.000 copias mensuales y el libro está en su impresión número 70.

Orwell bosquejó sus notas más tempranas para lo que

luego se volvería 1984 en 1943, bajo el título opcional de El Último Hombre en Europa. Lo que él tenía en mente era un libro en dos partes. Tenía establecidas, desde una época tan temprana como 1943, la noción de "El Odio de Dos Minutos" y la idea de una sociedad futura basada en la mentira y el engaño sistemáticos. A lo largo de los años cuarenta, Orwell fue asaltado en forma recurrente por el temor de que la Historia era susceptible de ser alterada para cumplir fines políticos. La Historia, en otras palabras, será reescrita por aquellos que están en el poder. Y así Winston Smith, el personaje principal de 1984, trabaja para el Ministerio de Información cumpliendo la labor de corregir la Historia y volverla a escribir.

Alrededor de la primavera de 1944, Orwell reseñó dos libros que giraban alrededor de la defensa y el ataque al capitalismo del laissez-faire. Esos dos libros eran El camino a la servidumbre de Friedrich Hayek y El espejo del pasado de K. Zilliacus. De estos libros, Orwell escribió: "El capitalismo conduce a las colas de desempleados, la lucha por los mercados y la guerra. El colectivismo lleva a los campos de concentración, al culto del líder y la guerra". La única forma, según Orwell, sería un deprimente

compromiso en que "una economía controlada pueda combinarse, de algún modo, con la libertad del intelecto, lo que sólo puede pasar si los conceptos de bien y mal se restauran en la política". No hay ninguna señal de este compromiso en 1984. Orwell pinta una sociedad claramente represiva. "Al poner la vida entera bajo el mando del Estado," –Orwell escribió en 1944– "el Socialismo necesariamente da poder a un anillo interno de burócratas, que casi siempre serán hombres que querrán el poder exclusivamente para su propio bien y no se detendrán ante nada para retenerlo". Este anillo interno de burócratas, por supuesto, se volvió luego el Partido Interno de 1984.

La visión de Orwell de represión y la aún más fuerte imagen del Gran Hermano estaban claras en la mente de Orwell ya en 1944. Todos los juicios de la gran purga de los años treinta eran parte de la historia, una historia que Orwell conoció muy bien como periodista. "Afuera en la calle," –escribió– "los altavoces braman, las banderas revolotean en las azoteas, la policía con sus armas hace la ronda adelante y atrás, la cara del Líder, de cuatro pies de ancho, mira hacia todos los puntos". Imaginen todas esas grandes pinturas de Stalin y Hitler que parecían adornar cada esquina

callejera de Alemania y la Unión Soviética, y sabrán de dónde Orwell obtuvo su imaginación.

La cruda visión de Orwell de la sociedad totalitaria no sólo vino de su conocimiento de los regímenes reales en Italia, España, Alemania y la Unión Soviética, sino también de la lectura del libro de James Burnham de 1946: *La Revolución Administrativa*. Burnham presentaba un futuro en el que los gerentes tecnocráticos y los expertos tomarían el control de la política y ésta se volvería simplemente un forcejeo por poder. El forcejeo tendría lugar entre tres continentes: Europa, Asia y América. En 1944, sin embargo, Orwell había previsto ya un mundo de "dos o tres superestados incapaces de conquistarse el uno al otro, pero donde dos y dos suman cinco si el Führer así lo desea". Y en 1947 Orwell escribió un artículo para el periódico americano *Partisan Review* donde él presentó claramente sus miedos genuinos ante el futuro. En este artículo, *Hacia la unidad europea*, Orwell escribió:

"El miedo inspirado por la bomba atómica y otras armas aún por venir será tan grande que todos nos abstendremos de usarlas. . . . Significaría la división del mundo entre 2 o 3 inmensos superestados, imposibles de ser derrocados

por una rebelión interior. Con toda probabilidad su estructura será jerárquica, con una casta semi-divina en la cima y franca esclavitud en el fondo, y el aplastamiento de la libertad excederá todo lo que el mundo ha visto hasta ahora. Dentro de cada Estado la atmósfera psicológica necesaria se mantendría por un aislamiento total del mundo externo, y por una guerra falsa y constante contra los estados rivales. Las civilizaciones de este tipo podrían permanecer estables por millares de años."

En 1947 Orwell reasumió el trabajo en 1984 con su experiencia personal de los regímenes totalitarios y el libro de Burnham en mente. Pero su visión del mundo también fue formada por una novela escrita por el autor ruso Yevgeny Zamayatin (1884-1937). La novela *Nosotros* (escrita entre 1920 y 1921, y publicada en ruso en 1952) estaba ambientada en el siglo 26 en una sociedad totalitaria urbana. Orwell leyó la novela con entusiasmo y lo creyó superior al *Nuevo Mundo Feliz* de Huxley. Zamayatin muestra el lado irracional del totalitarismo. El sacrificio humano y la crueldad son fines en sí mismos y el Líder se da atributos divinos. En manos de Zamayatin, el líder es ahora llamado "El Benefactor".

Las preocupaciones teóricas de Orwell acerca de la forma probable del futuro podrían ser consideradas una forma de sátira política. Pero 1984 no se limita a profetizar un tipo de sociedad totalitaria, sino que, a través del libro, Orwell lanza una advertencia contra algo que él realmente creía que podría llegar, "incluso en Gran Bretaña, si no luchamos contra eso". Orwell fechó su libro en 1984; esto es, en un punto en el futuro. Él puede haber estado intentando decirles a sus lectores que se esfuercen por evitar eso... Pero lo que el lector experimenta —entonces y ahora— es que esa sociedad ya ha llegado. Aunque 1984 se deriva de las novelas de Huxley y Zamayatin —quizás incluso de las novelas de H. G. Wells— y es cierto que él conocía algunos hechos reales de España, Italia, Alemania y Rusia, Orwell también dedujo el escenario de 1984 de aquello que observó de primera mano en la Inglaterra de la posguerra. Una gran parte de 1984 está situada en un Londres gris, arenoso y depresivo; una ciudad de escaseces, colas, molestias, edificios arruinados y bombardeos ocasionales. Muchos de los aspectos específicos de la novela se relacionan con el período de 1941 a 1943, cuando Orwell era empleado de la BBC. Por ejemplo, las imágenes del comedor del Ministerio de la



Verdad, donde Winston Smith es empleado, están directamente calcadas del comedor de la BBC. El Ministerio de la Verdad mismo, de 300 metros de alto, es una versión exagerada de lo que fue el Ministerio Británico de Información durante la guerra. Incluso el Gran Hermano puede haber sido tomado del jefe del Ministerio de Información, Brendan Bracken, que era conocido por sus empleados como B.B.

Mucho del ambiente yermo de 1984 también puede atribuirse a la pobre salud de Orwell, quien sobrevivió a la publicación de la novela sólo por siete meses, antes de morir de tuberculosis en 1950. Además, entre 1939 y 1946, Orwell tuvo que observar cómo varios miembros de su familia morían: su padre murió de cáncer en 1939, su madre murió en 1943, su hermana Marjorie en 1946 y su primera esposa Eileen en 1945. Sin duda, todas estas circunstancias contribuyeron a la atmósfera de penumbra y desesperación usualmente asociada con 1984.

El mundo de Pista Uno – Inglaterra– es un mundo de comida pobre, apartamentos oscuros y pantallas de televisión de doble sentido. Es un mundo claustrofóbico y esto se hace más claro aún porque la novela está escrita desde el punto de vista de un

único hombre: Winston Smith. El lector debe experimentar el mundo a través de sus ojos exclusivamente. La única variación es un corto inserto titulado "Teoría y práctica del colectivismo oligárquico" por Emmanuel Goldstein, la figura trostkiana que es diariamente el objeto del "Odio de los dos minutos". Orwell también incluyó un apéndice a la novela, "Los principios del Newspeak". Esta sección da una explicación detallada del trabajo de Winston Smith en el Ministerio de la Verdad.

El Partido Interno quiere suprimir todo disenso – etiquetado "crimen del pensamiento"– eliminando todas las palabras del idioma que pudieran expresar disenso. Piense sobre eso... Si usted tuviera que suprimir el disenso modificando el idioma, ¿qué palabras eliminaría? Para O'Brien, un miembro del Partido Interno, "es intolerable para nosotros que un pensamiento erróneo exista en cualquier parte del mundo, sin importar cuán secreto e impotente sea."

En 1984, los proles son aproximadamente el 85% de la población total. Ellos viven en la pobreza y la ignorancia, y son considerados inofensivos por el Partido Interno y la Policía del Pensamiento. Aun así, los

proles retienen los decentes valores humanos de la amistad y la familia, luego de que el Partido hiciera su mejor esfuerzo para eliminar dichos valores de entre sus propios miembros. Winston Smith confía a su diario: "si hay alguna esperanza, yace en los proles". A los ojos de Orwell, los proles no sólo constituyen una fuerza, sino una fuerza natural, capaz de agobiar al Partido en virtud de su propia humanidad. Aun así, ni los proles ni la búsqueda de Winston por su propio pasado proporcionan un escape, desde que "nada era tuyo excepto los pocos centímetros cúbicos dentro de tu cráneo."

Si ustedes alguna vez deciden leer 1984, regresarán de la novela entristecidos, enfadados y quizá incluso llenos de pena por la generación que tuvo que vivir en los regímenes totalitarios de los años treinta y cuarenta. También habrán sentido a plenitud el impacto emocional de la mente de Orwell. Las distopías son armas poderosas, incluso más que el inmenso número de novelas utópicas que las precedieron. Las utopías sostienen una visión del futuro: una visión de cómo la sociedad ha de ser; mientras que 1984 es una novela sobre cómo son las cosas, por lo que no ha de ser considerada un diestro golpe profético de parte de Orwell: es mejor dejarle eso a un

escritor como H. G. Wells. Más bien, pienso que nosotros tenemos en 1984 de Orwell una descripción de lo que él vio a su alrededor en la Inglaterra de posguerra. Valga recordar que las imágenes de la novela y las de las dos versiones en cine son de un Londres posterior a la guerra. Son recordatorios constantes de lo que Inglaterra necesitaba evitar, y, en una escala mayor, de aquello que todos nosotros tenemos que evitar.

Está claro que la concepción de Orwell y su distopía no eran necesariamente productos de su imaginación, sino, lo que es aún más importante, de su propia experiencia. Porque ¿cómo podría ser de otro modo? Cuando Inglaterra emergió de la Segunda Guerra Mundial y el Partido Laborista tomó el poder, el Estado empezó a intervenir fuertemente en las vidas de los ciudadanos. Y así, después de la guerra, Inglaterra comenzó a construir esa inmensa entidad, subvencionada por el gobierno, conocida como el Estado de Bienestar. Nadie estaba exento de pagar los costos de ese Estado de Bienestar. Individualismo y colectivismo fueron mezclados en el "camino medio". Orwell había visto lo que esta unión había logrado en Italia, Alemania, España y la Unión Soviética. ¿Podía Inglaterra estar muy lejos?

Traducido del inglés por Andrés García Londoño

Tomado de:  
<http://www.historyguide.org/europe/lecture13.html>

Profesor de la Florida Atlantic University (EE.UU.)

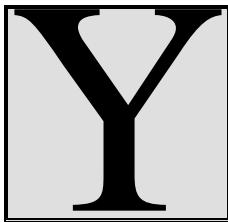
*En este texto se afirma que, a pesar de todo, la utopía no ha muerto, y, de hecho, puede tomar formas insospechadas.*

# La necesidad de la utopía

Por Krishan Kumar\*

algunos de nosotros.

del milenio era positiva, por muy poco atractiva que pudiese parecernos a



a he dicho que las actuales declaraciones del "fin de la historia" y similares son una forma de milenarismo devaluado.

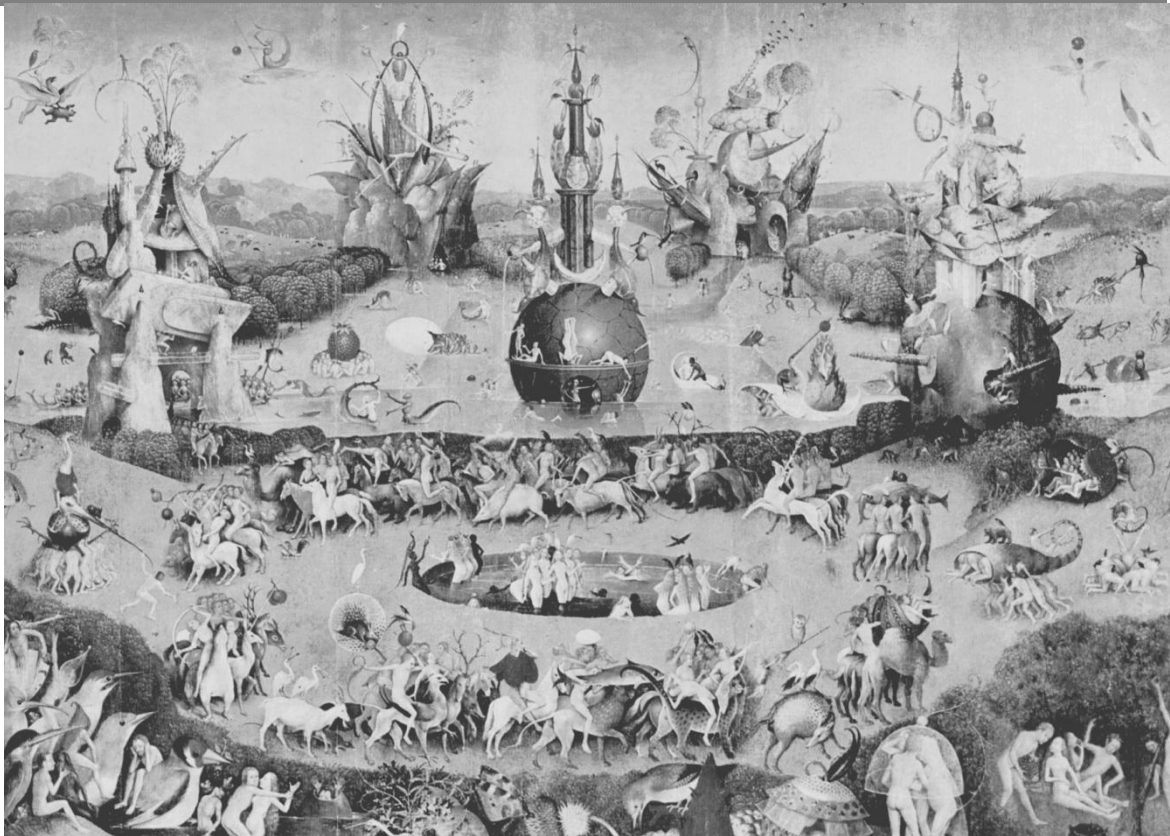
Son milenaristas porque quienes las hacen ven un proceso de desarrollo, una especie de evolución social, que por fin ha liberado de conflictos históricos a la humanidad. La humanidad ha dado muchas vueltas falsas, ha tomado muchos caminos erróneos. Pero aquí por fin, al término del segundo milenio, *está* el milenio, la consumación del desarrollo de la humanidad.

Este tipo de milenarismo ha sido, en realidad, muy común en el siglo XX. Lo vemos en el comunismo y en el fascismo, y en muchas variedades de nacionalismo mesiánico en el Tercer Mundo. Pero al menos esos movimientos han tenido el valor de sostener sus convicciones. Creyeron, de manera estridente, ferviente, fanática, que el milenio ya *había* llegado y que, en adelante, el mundo sería un lugar de abundancia y gozo. La visión

Digo que la visión actual es un milenarismo devaluado porque carece de esa cualidad positiva. Ve un fin sin un nuevo principio. No tiene la convicción de que el mundo que está surgiendo al terminar el segundo milenio tenga algún nuevo principio de desarrollo. Se alegra de que la democracia haya vencido, de que el enemigo haya sido derrotado. Se complace en desinflar lo que ve como la *hybris* de pensar que comprendemos o que podríamos comprender las leyes de la historia, o de que puede haber grandiosos planes racionales para resolver los problemas del mundo. Pero ni los poshistoricistas ni los posmodernistas parecen muy felices ante estos avances. No hay una alegría milenaria. Los poshistoricistas se muestran ansiosos, casi resignados. Los posmodernistas se refugian en la ironía y en una especie de frivolidad juvenil, cuando no expresan, simplemente, su hastío del mundo. En ambos casos, la actitud es profundamente negativa. La historia ha terminado; no queda nada más que decir.

A mi parecer, esta nota negativa refleja la flaqueza de la utopía en nuestra época. En comparación con el milenarismo, la utopía ha recibido una gran paliza en el siglo XX. Ha estado a la defensiva desde que comenzó el siglo. Desde la primera Guerra Mundial hasta la segunda y más acá, ha sido





atacada por escritores como Yevgeny Zamyatin, Nicholas Berdyaev, Aldous Huxley, Arthur Koestler, George Orwell, Karl Popper y Leszek Kolakowski. Se le ha acusado de conducir a la tiranía y al totalitarismo. El desplome del comunismo en la Europa del Este ha sido considerado – incluso en la propia Europa del Este– como la justificación final de este antiutopismo.

Gran parte de esto, además de ser excesivamente pesimista y hasta misantrópico, también parece caer dentro de una vena ya familiar de etnocentrismo. Dado que los europeos, o al menos los intelectuales europeos, están

decepcionados de los frutos de la Ilustración, dado que la más grande utopía de la Ilustración, o sea la utopía del socialismo, al parecer ha sido un resonante fracaso, entonces, se afirma, el mundo debe renunciar a la utopía. El pensamiento y la experiencia de Europa son analizados por todo el mundo contemporáneo. La desilusión de la *intelligentsia* europea debe ser el punto de partida de toda reflexión seria que se dé por doquier y en todas partes.

Debemos observar que, aun en las sociedades occidentales, el pesimismo de la *intelligentsia* no ha sido respaldado cordialmente por la masa de la población. Una

especie de "utopismo popular" ha medrado en los espacios de la cultura popular.

Las canciones pop, las películas de Hollywood y las telenovelas están repletas de imágenes utópicas. Cierto que esto, a menudo, es nostálgico o escapista. El mundo de las telenovelas australianas, como *Neighbours* y *Home and Away*, y aun el de las variedades inglesas más realistas, como *Coronation Street* y *East Enders*, es un mundo de fantasía donde reinan los lazos de la comunidad y hay intimidad entre los vecinos; mientras que el escenario encantador y deslumbrante de *Dallas* y de

*Dynasty* evoca imágenes de riqueza y poder que pudieran satisfacer hasta los más desenfundados deseos. Ésta es la "utopía del pobre", el utopismo que se alimenta de las fantasías de una Tierra de Jauja. Y sin embargo, no por ello deja de ser poderosa; y muestra que, por muy cansados que puedan sentirse los intelectuales, las imágenes de la vida buena continúan atrayendo a un vasto sector de la población de las sociedades industriales de Occidente.

Y no sólo a las masas. Ciertos grupos específicos de las sociedades occidentales en años recientes han buscado la utopía, con objeto de explorar las formas y condiciones de la emancipación de las mujeres. En obras como *Woman on the Edge of Time* (1976) de Marge Piercy, *The Dispossessed* (1974) de Ursula Le Guin, y *The Wanderground* (1980) de Sally Gearhart, se han esbozado unos cuadros utópicos (y distópicos) de futuros posibles para las mujeres. La utopía las ha atraído como un desafío a la imaginación. Ha expresado no sólo la confianza de las feministas en lo justo y factible de sus metas, sino la aceptación de que estas metas son variadas y, hasta cierto punto, están en competencia. La utopía ha sido la forma

por la cual han podido efectuar sus "experimentos mentales" acerca de otros futuros; las capacita para discutir sobre el futuro.

Los ecologistas – lamentablemente– hasta hoy han evitado, en gran parte, la ficción utópica. Pero son otro grupo que ha encontrado que el pensamiento utópico es una herramienta poderosa para alcanzar sus fines. Los ecologistas conciben los problemas del planeta en la más grande escala. Se ven obligados a pensar de manera holística, a ver el mundo como un sistema en que todo está relacionado con todo lo demás. El daño causado al casquete polar se atribuye a los requerimientos de energía del capitalismo industrial; el calentamiento global, a nuestra actual dependencia de combustibles fósiles y productos de consumo duradero.

También la utopía ha pensado siempre de manera holística. Capta al mundo de acuerdo con algún principio central de funcionamiento. Además, no sólo se preocupa por ver cómo funcionan las cosas, sino por cómo debieran funcionar. ¿Qué mejor manera hay de mostrar el mundo ecológicamente sano y ecológicamente sostenido de una manera vívida y convincente? Con excepción de obras como *Ecotopía* (1975), de Ernest

Callenbach, la utopía ecológica, como lo he dicho, no se ha expresado extensamente en la utopía literaria de manera formal. Pero con los ejemplos de *News from Nowhere* de William Morris, y de *Island*, (1962) de Aldous Huxley – que son "ecotopías" antes de que existiera la palabra–, no pasará mucho tiempo antes de que alguien vea la potencialidad y, por cierto, la necesidad de dar a las ideas ecológicas una utopía plenamente desarrollada. Mientras tanto, existen algunas atractivas obras ecológicas que están fuertemente marcadas por la imaginación utópica, como *Wickwyn* (1986) de Robert Van de Weyer, y *Paths to Paradise* (1985) de André Gorz.

---

Debemos observar que, aun en las sociedades occidentales, el pesimismo de la *intelligentsia* no ha sido respaldado cordialmente por la masa de la población. Una especie de "utopismo popular" ha medrado en los espacios de la cultura popular.

---

Las utopías feministas y ecológicas sufren por verse restringidas a un público particular. En términos

generales, son las feministas quienes leen las utopías feministas, y son los ecologistas quienes leen las utopías ecológicas. El debate se mantiene dentro de círculos cerrados; sólo rara vez, como en la época de algún desastre ambiental, afectan la conciencia general de la sociedad. Esto es lo que da su fuerza a la idea de que, pese a la persistencia del utopismo popular y al atractivo de la utopía para grupos particulares, la utopía es, en general, una fuerza ya agotada en Occidente. Pero esto sólo sirve para subrayar la posibilidad de que, ocurra lo que ocurra en Europa occidental y en América del Norte, las cosas acaso parezcan muy diferentes en todo el resto del ancho mundo.

Y, en efecto, si vemos más allá de los confines de Occidente, podremos inclinarnos a pensar que la utopía ha resurgido en toda su potencialidad y es demasiado pujante. Desde luego, no nos estamos refiriendo aquí a la utopía en toda forma que se ha escrito en Occidente desde los tiempos de Tomás Moro (y que, creo yo, es esencialmente una cosa occidental o europea). Pero si la utopía abarca, como tan a

menudo lo ha hecho en la historia, planes de reconstrucción o de regeneración total, entonces es muy clara la prueba de su continuada vitalidad.

Hasta en ciertas partes de Europa, en sus regiones central y oriental, parecen estar floreciendo formas utópicas. El mundo ex comunista ha sido el que más alto ha proclamado "la muerte de la utopía" ; al mismo tiempo, ha estado reinventándola, con toda rapidez. Intelectuales de la Europa central como Milán Kundera y Georgy Konrad han hecho resurgir el sueño de *Mittleeuropa*: considerada no, como en algunas de sus expresiones anteriores, cual teatro de ambiciones alemanas, sino como una civilización y un modo de vida diferentes y más atractivos que los de Oriente u Occidente. Les gustaría ver esto como el destino futuro de la Europa central, ahora que se ha liberado de los grilletes del régimen soviético. A los centroeuropeos les gusta subrayar su tradición de escepticismo e ironía, su desconfianza de todo pensamiento utópico. Y no estaremos negando lo anterior al decir que, como es común entre otros fervientes

antiutopistas, han elevado las cualidades antiutópicas de la cultura centroeuropea a la calidad de utopías.

Por su parte, los anteriores amos, los rusos, han estado recientemente elaborando sus propias utopías para remplazar la difunta utopía del comunismo. Adoptan éstas toda una variedad de formas, pero en su mayor parte están basadas en la tradición de pensamiento que subraya la unicidad de Rusia, su historia distintiva en comparación con la de Occidente. Van desde el llamado de Alejandro Soljenitsyn a retornar a las instituciones y prácticas de la Rusia de finales del siglo XIX, pasando por varios resurgimientos de ideologías populistas y eslavófilas, hasta las encendidas demandas nacionalistas de una regeneración de Rusia, en la que se sigan los lineamientos de la ortodoxia y del Imperio. Más concretamente, ha habido ciertos movimientos basados en la idealización de grupos y prácticas especialmente valuados, o simbólicamente importantes, como en el apoyo popular al resurgimiento de la cultura cosaca de la Rusia meridional.





En el resto del anterior Imperio soviético ha habido lo que podríamos llamar explosión de una de las formas más poderosas del utopismo contemporáneo, a saber: el nacionalismo mesiánico. Éste se ha combinado, a menudo, con la otra manifestación contemporánea universal de utopismo: el fundamentalismo religioso. En ambos casos, el utopismo está siendo alimentado, como tantas veces ha ocurrido ya, por el milenarismo. Los fundamentalistas nacionalistas y los religiosos por igual afirman que el triunfo de sus metas conducirá a la liberación y la regeneración totales de sus sociedades. El Islam resucitado, tanto como el hinduismo fanático, ven en el regreso a la religión la solución a todos los males que afligen a su pueblo. En los Balcanes, en el Medio Oriente y en el sur de África, el nacionalismo ofrece una visión similar de un pueblo culturalmente purificado y

liberado de una dominación ya antiquísima.

El nacionalismo y el fundamentalismo religioso también encuentran expresión en el Occidente contemporáneo. Pero, hasta hoy, no han convulsionado a sociedades enteras, como lo han hecho en otras partes y como lo hicieron en el pasado en el propio Occidente. También aquí se revela el actual desencanto occidental con la utopía. Las poblaciones occidentales suelen desconfiar de los planes que prometen soluciones totales. La experiencia de los movimientos nacionalistas y fundamentalistas sugiere que esta reacción cautelosa no es infundada.

Pero esto no debe cegarnos ante la fuente del atractivo de tales movimientos. Aunque sea en forma peligrosa, expresan ese anhelo de una visión que ha sido característica primordial de prácticamente todas las sociedades humanas hasta el presente. El caso aberrante es

la sociedad occidental, no el resto del mundo. La hostilidad a la utopía en este siglo ha hecho casi imposible ofrecer, en los niveles más altos de cultura, visiones de la sociedad buena y de la vida buena. No sólo se trata de que escribir hoy una utopía sea provocar risas y burlas. Es algo más importante: todo lo más fuerte y mejor de la cultura occidental contemporánea va contra ella.

No deseo defender todo lo que se ha hecho en nombre de la utopía. Pero creo que muchos de los ataques contra ella interpretan erróneamente su carácter y su función. Como he tratado de sugerir, la utopía no trata principalmente de ofrecernos planes detallados de reconstrucción social. Su preocupación por los fines trata de hacernos pensar acerca de mundos posibles. Trata de inventar y de imaginar mundos para nuestra contemplación y nuestro deleite. Abre nuestro criterio ante las posibilidades de la condición humana.

Y es esto lo que más parecemos necesitar en la actualidad. Ya tenemos suficientes fatalistas... aunque tienen una parte que desempeñar, como los profetas de antaño, advirtiendo y aconsejando. También tenemos nuestros milenaristas del último día, un tanto saciados de su perspectiva sobre el mundo, y bastante dispuestos a contentarse con una vida tranquila y con dejar sonar el ocioso tictac de la máquina de la historia. Pero, sin que queramos tocar con demasiada fuerza el tambor inspirador, esto difícilmente bastará.

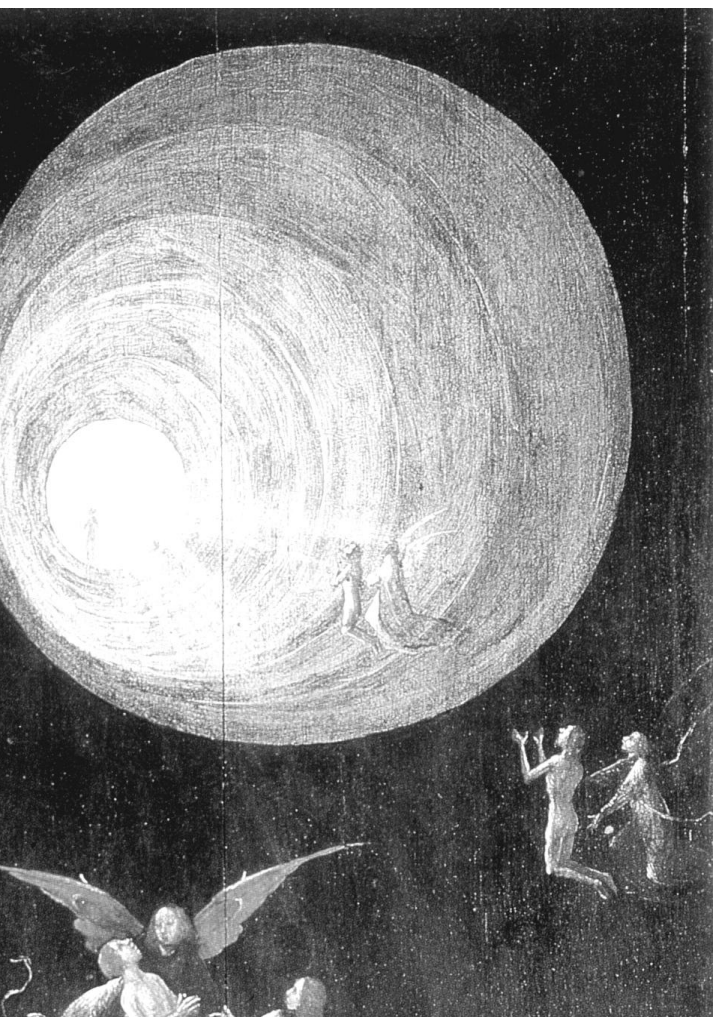
Cuando el poeta polaco exiliado Czeslaw Milosz contempló las ruinas del comunismo a finales de 1989, sintió cierta satisfacción. Pero aunque ha mostrado una habitual desconfianza ante las utopías, no se unió a sus compatriotas de la Europa del Este para celebrar la "muerte de la utopía". Escribió: *"Espero que el torbellino de estos países no haya sido una fase temporal, un paso a una sociedad ordinaria de asalariados y consumidores, sino, antes bien, el nacimiento de una forma nueva de interacción humana... El fracaso de la visión marxista ha creado la necesidad de otra visión, no un rechazo de todas las*

*visiones".* Con la característica cautela del maltrecho intelectual de la Europa del Este, expresó su esperanza de que ésta fuera una visión en un "estilo no utópico". Debemos respetar esta respuesta a una amarga experiencia. Pero no disputemos por palabras. La necesidad de una visión es lo importante. A esto lo denominaré el llamado a la renovación de la utopía, la busca constante de otros modos de vida. Cuando el segundo milenio termina en un estado de confusión y de incertidumbre, éste es sin duda el momento de ponernos a pensar sobre cómo habremos de vivir en el tercer milenio.

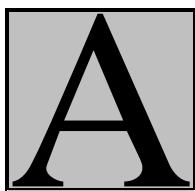
**Nota:** Este texto constituye la última parte de un ensayo más extenso titulado *El Apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad*.

**Tomado de:** La Gaceta del Fondo de Cultura Económica. México. Número 343 (Julio de 1999), p. 4-14

\*Profesor de sociología de la Universidad de Virginia (EE.UU.)



## EL FIN DE LA UTOPIÍA



Aunque tal lugar no existe, son muchos los que sienten una atracción irrefrenable por él, los que lo han pensado y soñado hasta en los últimos detalles y, sobre todo, quienes han intentado que Utopía, el lugar imposible, tenga realidad sobre la tierra.

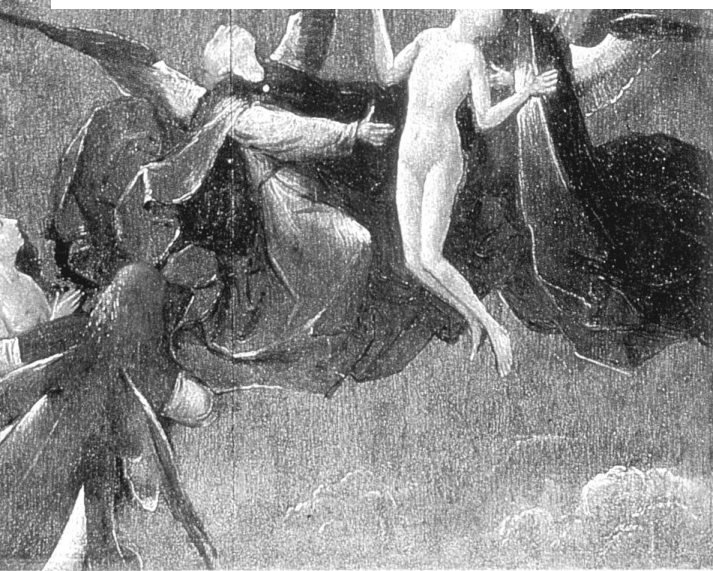
### Los guardianes de la ciudad

La isla de los utopistas es un ente moral; Utopía nace para que el bien y la justicia reinen por fin entre los hombres, acabando con la corrupción de las costumbres y con la codicia de unos cuantos explotadores. Desde Pitágoras hasta Lenin, los filósofos han soñado con el reino de la razón y la moral, un porvenir dorado en el que, como decía la constitución de 1812, todos sean buenos y benéficos. La vieja sabiduría pesimista, sujeta a las religiones tradicionales, que trata al hombre de bestia perversa a la que hay que atar corto, es rechazada de plano por quienes tratan de empezar el mundo desde cero.

# La Utopía vista

*Los dos textos siguientes coinciden en un punto: ambos nos ofrecen una mirada sobre el fin de la utopía. El primero nos habla del destino que han sufrido los distintos intentos utópicos a lo largo de la historia. El segundo se centra en la situación de los países de Europa Oriental, luego de la caída del muro de Berlín.*

## desde el Final



► Por José Manjón

Utópicos y puritanos caminan juntos: los peregrinos del Mayflower y los pitagóricos de Crotona, los anarquistas de Aragón y los *fraticelli* del medievo; detestan el mundo corrompido de los poderosos, sus lujos ofensivos para los más pobres, su orgullo satánico. *Regnum Caesaris regnum Diaboli*,



decían los cristianos primitivos. Expresaban su rechazo a todo lo que de tentador

guardaba su tiempo. Así, los eremitas huyen de un mundo insoportable y se encierran en la Tebaida para vivir aparte de las tentaciones, pese a que éstas les persiguen hasta las cuevas del desierto y les perturban las vigilias con las formas alabeadas de una diablesa, los élitros de algún monstruo del Bosco o las visiones del ultramundo hábilmente fingidas por el maléfico. Ya dijo el más grande de todos los utopistas que su reino no era de este mundo, condenado al cambio, a la extinción, a que todo su esplendor se convirtiera en vanidad de vanidades.

### ¿Libertad para qué?

Hay que rehacer la creación o renegar de ella, pero nunca aceptarla tal y como es, burlona y enemiga de las definiciones, ajena a toda idea moral. El hombre, la criatura para la que se supone que este mundo existe, debe cumplir los requisitos que la nueva ciudad exige. Unos buscarán su modelo en el primitivo, en el Adán inquilino del paraíso, en el buen salvaje rousseauniano. Otros, en algún modelo de hombre futuro, producto de una sociedad plenamente racional, políticamente correcta.

Para crear este ser único, hay que empezar por educarlo en principios acordes con su naturaleza y abolir de su alma el error, fuente de todo mal. Platón destierra a los poetas de su ciudad porque sus creaciones son engaños. Y de los más peligrosos, porque prestan el encanto de la belleza y de las formas agradables a la perversidad. Se hace, pues, necesario controlar las manifestaciones artísticas y hasta las gimnásticas. La sociedad perfecta no puede permitir que el hombre redimido caiga en los pecados de la vieja especie. Para ello, es necesario que se vigile y se persiga al infractor de la norma, al incrédulo, al reaccionario, al inmoral. Si hay algo que sobra en toda sociedad utópica es el individuo, la persona. En una comunidad perfecta nadie puede disentir de los principios básicos, y el que lo hace es un elemento dañino que merece ser excluido y exterminado. Si la verdad y la bondad son patrimonio del Estado, nadie puede oponerse a él, encarnación de los más nobles ideales.

Entonces, cuando suenan las voces discordes, cuando ni los propios guardianes de la ortodoxia se ponen de acuerdo, suele llegar la hora de la violencia, de las purgas, de que la revolución devore a sus hijos. Y lo hace sin piedad, justifica con las palabras más bellas atrocidades peores que las que reprochaba al viejo orden. Así han acabado los Danton y los Robespierre, los Trotski y los Bujarin.

### El infierno redentor

Si hay algo que sobra en toda sociedad utópica es el individuo, la persona. En una comunidad perfecta nadie puede disentir de los principios básicos,



y el que lo hace es un elemento dañino que merece ser excluido y exterminado. Si la verdad y la bondad son patrimonio del Estado, nadie puede oponerse a él, encarnación de los más nobles ideales.

Las exigencias de la nueva ciudad difícilmente las puede aguantar el nuevo hombre, aunque haya sido concienzudamente preparado para ello por los filósofos. En la naturaleza humana pesan siempre unas pulsiones y unos instintos que contradicen los preceptos de la razón, que nos hacen imprevisibles para nosotros mismos. Los ciudadanos de Crotona no aguantaron a los pitagóricos y se sublevaron contra ellos. Los colonos de la Icaria de Cabet expulsaron a éste de la comunidad ideal, que él había planeado hasta en sus últimos detalles. En Norteamérica todavía quedan restos de los falansterios fourieristas, con sus grandes salas de reuniones y sus talleres cubiertos de maleza y herrumbre. Los intereses particulares derrotaron los anhelos de reconstruir el comunismo originario. Pero ya Marx –ese antiutopista que originó el mayor intento utópico de la historia– demostró que no se podía crear una sociedad al margen del movimiento de las fuerzas productivas, que el experimento sería devorado por la realidad circundante.

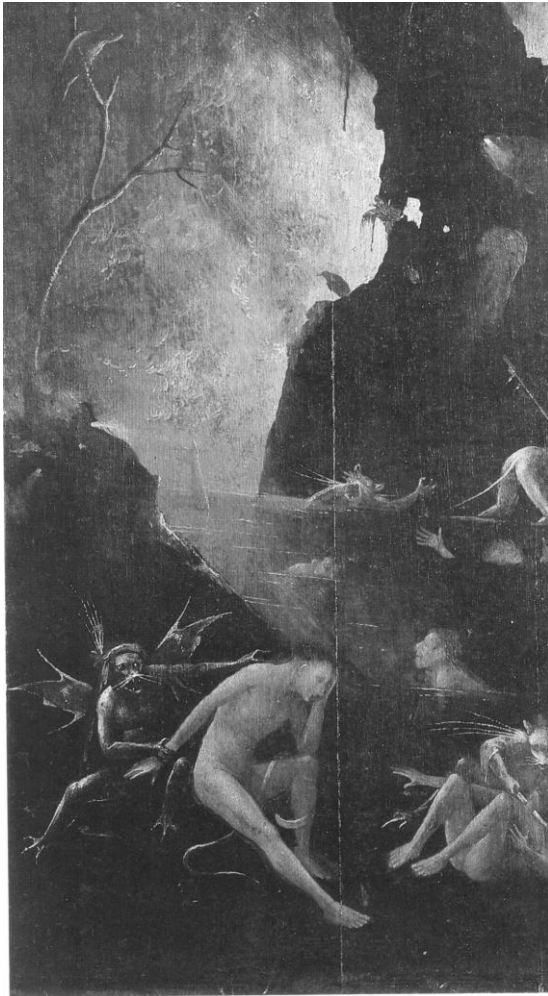
Tanto Marx como Bakunin bebieron en las fuentes del hegelianismo hasta emborracharse de dialéctica. Apenas hicieron el menor caso de Stirner, quien sostuvo la primacía del individuo sobre toda forma social, llegando a defender la necesidad del crimen como afirmación de la libertad suprema de la persona. Se trataba de construir una sociedad nueva, ya fuera por medio de la necesaria evolución del sistema productivo, ya como consecuencia de una revolución violenta que destruyera hasta los cimientos del orden anterior. La vía de Bakunin y Nechaiev, la del crimen y la subversión instintiva, acabó por degenerar en el terrorismo, la más ineficaz

de las armas políticas. Dostoievski en *Demonios* –su gran libro político– nos plasma la miseria de tal modo de actuar.

El resultado es siempre el mismo: una sociedad inhabitable, un reparto de la miseria entre los hambrientos, un orador arengando junto al patíbulo. Cuando el poder absoluto se utiliza para defender los principios más excelentes, acaba por asomar la tiranía. El hombre no es un ser moral ni un ente razonable. Tras setenta años de ateísmo, la religión renace en el antiguo paraíso en la tierra.

Tras setenta años de internacionalismo, estallan luchas tribales en la ex-patria de los proletarios de todo el mundo. Tras setenta años de humanismo progresista, el relato escalofriante del gulag ruso, de los genocidios maoístas y de las purgas de disidentes. Tras cuarenta años de dictadura del proletariado en Polonia, los obreros del metal causan la ruina del régimen con sus protestas. Nada ha cambiado desde que el pueblo de Crotona asesinó a los pitagóricos quemándolos vivos en su templo. Cuando Petronio, siglos después, vuelva a mencionar a Crotona, ésta será una decadente ciudad dedicada a la caza de herencias, sumergida en la vida cotidiana y sin historia, aquella en la que parece residir el secreto de la felicidad.

### **El azar y la necesidad**



Platón expulsó de su ciudad ideal toda aquella belleza que alejara a los hombres de la perfección moral. El arte y quienes lo cultivan causan prevención entre los moralistas; la belleza es efímera, engañosa, variable. Atrae a los hombres con una fuerza que la razón no puede combatir. Al igual que los lazos familiares o nacionales, tiene un arraigo, una identificación con los sentimientos del individuo, que ningún razonamiento, por elevado y certero que sea, puede vencer. El hombre es un animal simbólico, y esos símbolos que orientan su vida y sus generaciones carecen de racionalidad, son hijos del instinto, de los sueños, temores y angustias particulares de cada uno. Es ese el factor con el que nunca cuentan los utopistas: que cada hombre es un fin en sí mismo, un pequeño mundo –insignificante, sin duda– pero con vida propia, que busca sus fines particulares ante todo. Su actuación no la



rigen altos imperativos morales, más bien suele ser ciegamente egoísta y sensual. Pero es la satisfacción de esas necesidades la que labra su felicidad particular, y no el logro de un tipo humano superior que nunca llegará. La principal característica de la vida es el cambio, la movilidad y la caducidad de todo lo que en ella se desenvuelve; pretender llegar a un tipo definitivo de sociedad, de hombre, de moral, es un imposible, un atentado contra la lógica. Ya lo dice el viejo Heráclito: "Desperdicios sembrados al azar, el más hermoso orden del mundo".





## MÁS ALLÁ DEL MURO



n julio del 99 paseaba el que esto escribe por el centro de Sofía; frente al desgarrado palacio de los Coburgo se alzaba un pequeño templete neoclásico: era el mausoleo de Georgi Dimitrov, el padre del comunismo búlgaro y el hombre que puso en ridículo a la propaganda nazi durante el proceso por el incendio del Reichstag en 1934. Las blancas columnas del monumento estaban pintadas con las siglas y lemas de la VMRO, la vieja organización nacionalista de principios de siglo. Poco tiempo después, los *Chicago boys* que mandan en Sofía trataron de realizar una voladura controlada del viejo símbolo comunista. La catarsis democrática sería total:

hacer añicos un monumento rojo repleto de soflamas fascistas. Se colocaron las cargas, se llamó a las autoridades y al cuerpo diplomático, se provocó la explosión controlada... Y el monumento aguantó. Dos veces más se repitió el intento y el empecinado edificio se negó a caer... El pueblo de Sofía, empobrecido, desesperado y cínico, empezó a acudir a las voladuras para contemplar el milagro y pitorrearse del poder de los cartuchos purificadores y de los procónsules y cipayos de la oligarquía mundial. Uno no sabe cuántas subvenciones del FMI se han ido en derribos y desguaces, pero, por lo que vi en las ciudades, por el océano de chatarra y de fábricas abandonadas, de barriadas otrora prósperas y hoy miserables, la labor de reconstrucción democrática de Yeltsin y sus epígonos debe ser semejante a la de Tamerlán.

### Is Over...

Cuando llegué a un tetrico hotel del centro de Bucarest, abrí mi guía inglesa, un vademecum para mochileros con carné de ONG y tarjeta de crédito sin límite monetario; en ella se tranquilizaba al pijo de izquierdas sobre lo que se va a encontrar en el más bello país de la Europa danubiana; el epígrafe *communism* empieza con un lapidario axioma: *Is over*. Los fanáticos turiferarios y monaguillos del Dalai Lama pueden respirar tranquilos, Rumanía vuelve a Dios bajo la dulce férula del patriarca Teoctisto (que descubrió la perversidad intrínseca del comunismo minutos antes de que se fusilara a los Ceaucescu) y las iglesias se llenan de fieles. Los signos de la espiritualidad renacida son inequívocos: mugre, mendigos, paro, ruina de todo patrimonio público y chimeneas definitivamente apagadas para consuelo de los amantes de las focas. La *hybris* de Karl Marx –aquel prodigio en el que Moses Hess veía combinados a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel– ha sido castigada por Mammón, quien ha enviado a sus profetas de la OCDE para proclamar la parusía del mercado global, la anástasis de Shylock y el apocalipsis del socialismo.

### El Mejor de los Mundos

La memoria también resulta incómoda. Sólo sirve para encontrar arbitrariamente retazos seleccionados del pretérito: Stalin, las purgas, el gulag... Las maquinarias del remordimiento, los historiadores del Sistema, no han tardado en sacar el Libro Negro correspondiente. Ningún mundo mejor que la *Open Society*, fuera de ella sólo hay barbarie, y no faltan los doctores Pangloss en las cátedras y tribunas del pensamiento único. Stalin fue terrible por

comunista, no por tirano. Pedro el Grande, un Stalin del XVIII, fue igual o peor; pero era un hombre de Occidente, un déspota simpático que adoraba Holanda y los regalos de Inglaterra. Nadie escribirá su libro negro; sin embargo, Petersburgo está cimentada sobre los cadáveres de los infortunados que la construyeron. Las purgas y el gulag estremecen con sus horrores y su vergüenza. Sin embargo, no nos preguntamos por qué se llenan de hambre y plagas los campos de Asia y África. ¿No es una purga sórdida y disimulada la hiperinflación que arruina a los pocos empleados del Este? ¿No lo es la caída del PNB (en las repúblicas de la antigua Unión Soviética apenas llega al 55% del de 1990)? ¿O no es otro gulag el aumento de pobres en Rusia de un 4% en 1994 a un 32 % en 1998? En la Santa Rusia, el neoliberalismo y el resurgir de la ortodoxia han disminuido la esperanza media de vida masculina de 62 años (1980) a 58 (1995). El Paraíso cada vez queda más cerca de estos santos varones. ¿Se predijo esto en Fátima? Reaparecen con el capitalismo la tuberculosis, la polio y la difteria, erradicadas en la negra época del materialismo marxista. Los gastos de educación en las antiguas repúblicas soviéticas han descendido en más de un cincuenta por ciento. La ONU informa que 9,7 millones de personas han perecido entre 1991 y 1998, sobre todo en Rusia y en Ucrania, debido a la deserción política del Estado, a la falta de ayudas y compasión de los amos neocapitalistas y de sus políticas de choque (*El País*, 12 de septiembre de 1999). Mammón está sediento de nuevos sacrificios humanos.

### Símbolos

Eso sí, todo símbolo totalitario (a excepción del dólar) está expresamente prohibido en los viejos países del Pacto de Varsovia. Pero el alcalde de Sofía no puede

evitar que permanezca en el centro de la ciudad el monumento al vesánico Ejército Rojo, el mismo que con su heroísmo y sacrificio venció a los nazis en Leningrado, Kursk y Stalingrado. El basamento está lleno de pintadas que nadie se molesta en borrar, pero todavía alguien ha podido pintarrapear: *NATO fuck off*. Entre las bellezas arrebatadoras de Sighisoara –una perla carpática que espero que ningún agente de turismo descubra–, unas sencillas lápidas con su estrella de bronce nos recuerdan a los soldados rusos que murieron por Rumania. El vandalismo neoliberal prefiere entretenernos con los excesos de Ceaucescu (nombrado Sir por la Reina de Inglaterra) y lo estúpido de su gobierno. Sin embargo, Rumania conoció un régimen similar: el Rey Carol II (rey de 1930 a 1940) y el patriarca Miron Cristea gobernaron a su desgraciado país con los mismos métodos que Ceaucescu; pero Carol fue más listo: abandonó Bucarest con su amante, robó la colección de Grecos del Palacio y entregó el país a Hitler. Después, pasó en Portugal un dorado exilio. Su hijo Miguel (rey de 1940 a 1947), que todavía colea, sirvió con idéntica deslealtad al Tercer Reich y a la Unión Soviética, y no le tembló el pulso a la hora de legitimar la ejecución de todo aquel que le estorbase. Hoy, la derecha mundial quiere restaurar en el trono a tan egregio demócrata.

### Damnatio Memoriae

Los romanos maldecían con la *damnatio memoriae* o interdicción del recuerdo, a todos los emperadores que eran derrocados. Hoy, la televisión y demás lavadoras de cerebros también manipulan y retocan los hechos con el mismo cinismo que la célebre Enciclopedia Soviética. Ya nadie se acuerda de los años sesenta, de la frustrada década de Jrushev, cuando la URSS estuvo muy cerca de igualar el nivel de desarrollo

europeo. En 1965, época en la que la Unión Soviética empezó a padecer una fatal esclerosis, todo parecía indicar que los países del Este llegarían a niveles europeos de bienestar con unos servicios sociales superiores. A nadie le parecía absurdo aquello. Hoy, lo que nos asombraría sería que alcanzaran el nivel de hace treinta años

### La Sociedad Abierta

En 1983, trece de cada diez mil rusos se suicidaban. Hoy lo hacen sesenta y seis. Otra brillante conquista del libre mercado. En Tarnovo, la ciudad más bella e histórica de Bulgaria, un ingeniero de telecomunicaciones ejercía de proxeneta en los cafés. En los trenes rumanos, al hablar con la gente simpatiquísima que tanto abunda por allí, uno se informa de las miserables tragedias cotidianas, de la triste manera que tienen muchos de ganarse un poco de pan. En los años setenta, un ciudadano del Este tenía todo tipo de servicios sociales gratuitos, sobre todo una educación de calidad regalada por el Estado, ese monstruo. Los bienes eran escasos debido, sobre todo, a la absurda economía de guerra que la gerontocracia de Moscú impuso; si en aquellos días se hubiese frenado el gasto militar, en estas fechas la historia transcurriría de un modo muy diferente. Pero desde 1956, cuando obreros húngaros comunistas se sublevaron contra el estalinismo en nombre de la libertad y de la independencia, hasta 1968, cuando la oportunidad de edificar un comunismo democrático por los checos fue aplastada de nuevo por los tanques soviéticos, el socialismo se empecinó en el camino suicida de negar la libertad y la discusión y en mantener la agobiante noche estaliniana. Los intereses de la nueva clase, la *nomenklatura*, traicionaron a la vieja idea. Los valedores de la dialéctica no se supieron acoplar a su ritmo. Y la Historia les aplastó. Pero la inmensa transformación de los países del Este en



naciones modernas, el surgimiento masivo de una clase media que los oligarcas de hoy se empeñan en proletarizar, la victoria sobre el Eje y las conquistas científicas, deportivas, artísticas y sociales del comunismo (que también las hubo, sólo que Maiakovski, Sholajov, Eisenstein, Prokofiev y demás han sido ninguneados) acabarán por brillar por encima del triste momento actual.

**Tomado de:**

<http://www.generacionxxi.com/muro.htm>

---

*En 1965, época en la que la Unión Soviética empezó a padecer una fatal esclerosis, todo parecía indicar que los países del Este llegarían a niveles europeos de bienestar con unos servicios sociales superiores. A nadie le parecía absurdo aquello. Hoy, lo que nos asombraría sería que alcanzaran el nivel de hace treinta años*

---

El Bosco. El carro de heno (Detalle). Tabla central del tríptico. Óleo sobre tabla, 135 x 100 cm., Museo del Prado, Madrid.

# Un acercamiento a Tomás Moro y su Utopía en clave ecuménica

► Por José Herrera Ospina y Álvaro Ruiz Tamayo\*

*Este escrito demuestra que a Tomás Moro no sólo se le debe reconocer como un creador de gobiernos ideales y un gran crítico de la sociedad de su tiempo, sino también como un pionero en un tema que hoy está en el centro del debate: la tolerancia religiosa*





Moro nació en Londres en 1478. Fue un participante activo de la política y ejerció cargos importantes dentro de la vida pública. En las guerras religiosas de comienzos de la modernidad, por profesar el catolicismo en tierras inglesas, fue condenado a muerte por Enrique VIII en el año de 1535, al no reconocerle como cabeza oficial de la Iglesia Anglicana en Inglaterra. Moro fue canonizado en el siglo XX por el papa Pío XI y su fiesta se celebra el 25 de Junio.

Su obra *Utopía* es la que le ha dado fama inmortal. En ésta, se presenta de manera imaginaria lo que la humanidad debiera ser. El mismo nombre “Utopía” proviene del griego (μυτοπος) que significa “un lugar que no es”, de ahí que su propuesta sea una búsqueda de un espacio físico que todavía no existe y que se debe construir. De hecho, el espíritu humano necesita de las utopías para poder vivir. La capital de Utopía se llama “Amauroto”, que proviene del griego: (Αμαθροτο), “evanescente” y significa “ciudad que huye y se desvanece como un espejismo”. El río de Utopía se llama “Anidro” (Αννιδρο que significa “carente de agua”, es decir, un río que no corre. El príncipe se llama “Ademo” (Αδεμο) que significa “sin pueblo”, lo que nos da a entender que es un jefe que no tiene pueblo.

Moro juega en su obra con lo real y lo irreal para mostrar la necesidad de la creación de un mundo mejor.

Moro se remonta a fuentes platónicas, y añade doctrinas estoicas, tomistas y erasmistas para estructurar su obra. Tiene como fondo social a la Inglaterra del siglo XVI, la cual atraviesa por guerras religiosas, políticas y económicas que generaban un conflicto de grandes proporciones. Es de notar que, tras la creación de la Iglesia Anglicana, en este siglo se genera una guerra a muerte con la Iglesia Romana, tanto que las heridas que se abrieron son motivos de recuerdo no grato para ambas Iglesias. Hoy por hoy, de todos modos, existe un gran acercamiento de éstas en el llamado diálogo ecuménico (diálogo que se realiza al interior del cristianismo y también

El Bosco. El Paraíso (Detalle). Óleo sobre tabla. 147 x 66 cm.. Madrid.







El Bosco. El carro de heno (Detalle). Tabla central triptico. Óleo sobre tabla, 135 x 100 cm., Museo del Prado, Madrid.

adquiere sentido a través del Macroecumenismo o diálogo interreligioso), sobre todo con los encuentros del Romano Pontífice con el Primado de Canterbury.

El relato de la obra está a cargo de Rafael Hythlodae, quien al tomar parte en los viajes de Américo Vespucio había visto la isla de Utopía. Moro está convencido de que para evitar los males que afligen a la ciudad, sólo es necesario seguir la sana razón y las leyes de la naturaleza. Por eso, en Utopía, este ideal es claro: no se quiere imponer un estilo de vida, ni una obligación determinada, sino presentar unos principios que sirvan de vida normativa para la convivencia social en la isla. El punto clave de la obra es la ausencia de propiedad privada. Platón ya había intuido que la propiedad privada divide a los hombres y los vuelve enemigos. Lo contrario a la propiedad privada es la comunidad de bienes, donde todo se comparte, donde no

hay nada propio. Parece que se quiere hacer realidad las palabras de Lucas en los *Hechos de los apóstoles*, cuando afirma que en las primeras comunidades cristianas las personas no tenían nada propio sino que todo lo compartían (Cf. He 2, 44 –45). En Utopía, además, todos los ciudadanos son iguales entre sí, puesto que al desaparecer la diferencia de riquezas, desaparecen también las clases sociales. De tal manera que los trabajos en la isla de Utopía se llevan a cabo en forma equilibrada y, por lo tanto, no destruyen al individuo sino que lo dignifican; se trabaja seis horas y se deja mayor espacio para la recreación y otro tipo de actividades.

Los habitantes de Utopía son pacifistas, admiten diferentes cultos, honran a Dios de diversas maneras y saben comprenderse y aceptarse recíprocamente en esta diversidad. Sobre este último punto queremos centrar nuestra reflexión, puesto que allí encontramos el pensamiento pluralista y tolerante de Moro en relación al ideal ecuménico.

En la última parte de la obra, Moro hace una explicación de las religiones de los utopienses. Y nótese que habla de religiones y no de religión, cosa que denota su carácter ecuménico.

*“Son varias las religiones, no sólo en la isla sino también en cada una de las ciudades, venerando como dios unas al sol, otras a la luna, otras a otro de los astros errantes; las hay que miran no solamente como dios, sino como dios supremo, incluso a un determinado hombre cuya virtud o gloria resplandeció en otro tiempo.”*



El Bosco. *El carro de heno (Detalle)*. Tabla central tríptico. Óleo sobre tabla, 135 x 100 cm., Museo del Prado, Madrid.

Esta pluralidad religiosa de la que habla Moro se refiere claramente a las religiones como tales y no a distintas manifestaciones de una misma y sola religión. Con ello plantea el hecho de que no es necesaria una sola religión, ni el fin último de la humanidad es estar vinculado a una sola religión mundial, sino que las distintas miradas del hecho religioso es lo que hace valiosa a la humanidad. Estas palabras pueden resonar en la actualidad, en que circundan diferentes manifestaciones religiosas tratando de establecer su cosmovisión a otras culturas, cuando de lo que se trata es de respetar la diversidad de opciones religiosas y saber convivir en ese mundo heterogéneo y ricamente variado.

Con referencia al cristianismo, del cual Moro es defensor, se plantea una posición bastante sugerente, donde cada cual elige si es de su agrado pertenecer a la religión cristiana:

*“Más cuando oyeron de nosotros el nombre de Cristo, su doctrina, sus costumbres, sus milagros, la constancia no menos admirable de tantos mártires, cuya sangre derramada voluntariamente tan numerosas gentes atrajo a su secta, a lo largo y a lo ancho, no creerías con qué sentimientos tan adictos también ellos se inclinaron a ella, porque Dios les inspiraba esto secretamente o porque les pareció próxima a una creencia que es muy principal entre ellos; aunque yo creería que no fue de poca fuerza también lo siguiente: que escuchaban que a Cristo le había agrado la vida en común de los suyos y que está todavía en uso en las comunidades más auténticas de los cristianos.”*

Así, la aceptación de un credo determinado está guiado por la convicción personal, y la motivación para realizarlo debe nacer del interior humano y no de actos externos. Tanto que, si alguien se atreve a criticar el cristianismo o cualquier otro credo religioso dejándose llevar por el fanatismo será exiliado de la Isla, no por denigrar de la religión sino por incitar a la violencia social.



Se había establecido desde tiempo atrás en la isla, no sólo por motivos de paz sino porque a la sociedad le era necesario, que le fuera lícito a cada uno seguir la religión que le dictara la conciencia y no destruir las demás religiones. De esta manera, se ahonda en la reflexión macroecuménica, que para nosotros es tan importante en nuestros días.

La mirada de Tomás Moro es ciertamente prospectiva, ya que está haciendo referencia, en un momento histórico ciertamente complejo, a los ideales más grandes de la humanidad realmente civilizada: el respeto por las diferencias, la convivencia fraterna, la educación en la tolerancia; en fin, a los valores que hacen de la esfera religiosa una instancia importante del ser humano. La misma realidad política se encuentra unida en estos ideales, y tanto sacerdotes como magistrados tienen funciones determinadas que permiten establecer el orden en la isla y, por lo tanto, la posibilidad de dirimir los conflictos a partir de la justicia real y no de manera arbitraria: *“De ahí, que la formación de la juventud sea de gran importancia: la infancia y la juventud es instruida por ellos, y no se presta a las letras una atención mayor que a las costumbres y a la virtud; ponen, en efecto, el mayor empeño para infundir cuanto antes en los espíritus tiernos y aun obsecuentes de los niños, opiniones buenas y útiles para conservar su república; las cuales, si han arraigado profundamente en los niños, les acompañan, ya varones, durante su vida, y prestan un gran servicio para proteger el*

*estado de la república (que sólo se deteriora a causa de vicios que brotan de opiniones desvariadas)”*.

A los sacerdotes de la isla de Utopía no se les prohíbe el matrimonio. Incluso sus esposas pueden llegar también al ministerio, sólo se les pide que sean viudas y entradas en años. Con respecto a su ministerio hay que anotar que los sacerdotes no pueden ser juzgados por un tribunal público, sólo por Dios y su propia conciencia. En general, son pocos y muy bien escogidos. Su intervención, incluso en las guerras, es de gran utilidad, porque al ser consagrados con un don especial, dirimen fácilmente los conflictos y ayudan a que los ejércitos negocien la paz en condiciones equitativas.

Las fiestas son básicamente en el primer día y en el último de cada mes. A los primeros días llaman *cynemernos* que significa “primifestos” (primeras fiestas), y a los últimos *trapemernos* que significa “finifestos” (últimas fiestas). Los santuarios son suntuosos y amplios. Son un poco oscuros, ya que lo que se busca en ellos es recoger los espíritus e intensificar la religión. No se tiene imagen de dioses para que cada cual conciba a Dios de la forma que desea desde lo más profundo de su ser: *“No pronuncian ningún nombre peculiar de Dios, sino el de Mitra tan sólo, con el cual todos entienden la naturaleza sola de la divina majestad, cualquiera sea ella.”*

Al final de cada mes celebran una liturgia especial donde todo el pueblo, junto con los



sacerdotes, se reúne en el templo a orar, reconociendo cada uno a Dios como autor de la vida, se dan gracias por los beneficios recibidos, se pide perdón por los pecados cometidos y se ora para obtener después de la muerte la felicidad completa. Después del rito religioso, en lo que resta del día, se marchan a comer a sus casas y se dedican a jugar o a practicar la instrucción militar.

Moro concluye su obra mostrando las bondades de esta gran república en la que, al considerarse todo en común y no existir la propiedad privada, se hace mucho más fácil la gestión pública y la vida social activa. Además, el hecho de que los bienes sean comunes promueve la equidad, la justicia y la paz.

Los actuales momentos que vive el mundo a partir de las coyunturas religiosas, políticas y culturales, cuando se presenta un creciente número de fundamentalismos tanto en oriente como en occidente, hace que el eco de los humanistas del Renacimiento sea aún válido, y, desde ahí, se hace necesario indagar sobre nuestras raíces para poder transformar el mundo en que hoy nos toca vivir ¡Qué maravilloso sería soñar como lo hizo Tomás Moro con una sociedad mejor, donde las utopías verdaderamente se hagan realidad!

Por tanto, haciendo alusión a las palabras de Voltaire, otro pensador constructor de utopías, finalizamos nuestro ensayo: *“Sólo los espíritus razonables piensan noblemente; cabezas coronadas, almas dignas de su rango,*

*han dado grandes ejemplos... Sus nombres serán señalados en los fastos de la filosofía, que consiste en el horror a la superstición, y en esa caridad universal que Cicerón recomienda: Charitas humani generis. Esa caridad, cuyo nombre se ha apropiado la teología, como si sólo a ella perteneciese, pero cuya realidad ha proscrito con frecuencia. Caridad, amor al género humano; virtud desconocida de los embaucadores, de los pedantes que argumentan y de los fanáticos que persiguen.”*<sup>1</sup>

\*Magíster en Estudios Bíblicos con énfasis en Ecumenismo de la Universidad de Antioquia y Teólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana, respectivamente.

<sup>1</sup> VOLTAIRE. Tratado de la Tolerancia. Barcelona: Crítica, 1977. p. 174-175



## Centenario de la ópera *Pelléas et Mélisande* de Claude Debussy



Traducción  
Gustavo A. Yepes Londoño  
Profesor, Facultad de Artes

*Para celebrar el centenario de esta obra maestra, nada mejor que presentar a nuestros lectores los comentarios de Paul Henry Lang sobre ella, tomados de su indispensable libro "The Experience of Opera".*

*. Antes de abordar el texto anunciado, recordemos que Claude Achille Debussy (1862-1918), quien estudió tempranamente el piano con Mme. Mauté de Fleurville, discípula de Chopin y suegra de Verlaine, asistió en 1893 a la representación de la obra teatral homónima de Maurice Maeterlinck (1862-1949), escritor simbolista belga, de habla francesa, estrenada en el Teatro des Bouffes-Parisiens, y quedó vivamente impresionado y decidido a hacer de ella una ópera, que finalmente fue estrenada en la Opéra-Comique en abril de 1902, con pésima recepción de la crítica establecida.*

Deseando poner en música el *Pelléas et Mélisande* de Maurice Maeterlinck, Puccini pidió permiso al poeta belga para convertir el drama en libreto, pero se le respondió que los derechos ya habían sido concedidos - no de muy buena gana - a Claude Debussy. Uno se pregunta qué habría ocurrido a esta tragedia impersonal en las manos de uno de los dramaturgos musicales más subjetivos. Los personajes de Maeterlinck son nobles y refinados; tienen todos los medios para vivir bajo su dominio, pero no pueden vivir; tienen miedo de tocarse uno a otro, miedo del sol y del viento.

Maeterlinck llevó a la escena el oscuro misticismo del simbolismo, sus secretos temores y desconocidas ansiedades; su escena está, casi siempre, en semioscuridad. El simbolismo fue la rebelión del espíritu contra el despotismo de la realidad. Aun cuando pinta la realidad, el drama no está inspirado por ella; la propia obra es más importante, por ser la representación la que importa - las palabras, los colores - Casi podría uno decir que el asunto mismo está determinado por los requerimientos del estilo y del color. .

En todos sus dramas, Maeterlinck expresaba un concepto místico de la vida, según el cual los destinos de los hombres están dirigidos por un poder secreto, lo desconocido. El mundo del poeta dramático es la guardería infantil en la que el ruido del mundo externo no penetra. Es en esta atmósfera de albergue donde

sus personajes viven; se agrupan unos alrededor de los otros pero no se conocen; sólo un importante cambio en los acontecimientos puede moverlos. Sin embargo, la asordada resonancia de las pasiones humanas atrae al oyente, porque le recuerdan su propia niñez, cuando lo irreal estaba presente y constantemente daba cara a lo desconocido. El estilo de Maeterlinck es altamente artificial a la manera de esos vitrales modernos

que no muestran reflexión ni sombras y sugieren que nada hay entre el espectador y los bienes que se acumulan en la vitrina. Uno puede ver el drama pero prevalece una exquisita irrealidad, aumentada a menudo por un decorado que añade una niebla de irracionalidad. Aún sus dramas de amor y muerte, como Pelléas et Melisande o La mort de Tintagiles, contienen cavernas impías, puertas que no se abren o no pueden ser cerradas, cisnes, palomas y otros requisitos del mundo mágico. Esencialmente, el drama de Maeterlinck niega el dramatismo porque sus personas están privadas de voluntad, desamparadas, y sus expresiones son una suerte de resignación puramente lírica que favorece el soliloquio. Por supuesto, fue eso lo que atrajo tanto a Puccini como a Debussy hacia Maeterlinck. Empero, Puccini habría tenido gran dificultad con estos amantes que se encuentran y son separados por circunstancias externas tan fuertes que no intentan enfrentar; son quebrantados y sobrepasados; solamente permanecen sus sentimientos y Maeterlinck no analiza circunstancias ni caracteres. Se trata de un profundo distanciamiento del naturalismo, porque los seres humanos de Maeterlinck no lo son realmente, sino sólo pretextos para revelar lo humano; no tienen cuerpos, sino sólo sentimientos y pensamientos o, más precisamente, tienen cuerpos sólo en cuanto es absolutamente necesario para la expresión de sus sentimientos. Él mismo los llama marionetas y, sin duda, ellos son representaciones, símbolos, cuyos caracteres individuales no se desarrollan más allá de los requisitos mínimos de la situación dramática. Sin embargo, no son las figuras rígidas que las marionetas manejadas por cuerdas normalmente son; vibran, son nerviosas pero claramente flexibles y ofrecen una transición tranquila y lenta. Pero el determinismo domina tan completamente todo en Pelléas que lo trágico es casi totalmente lírico por naturaleza y este lirismo simplemente acompaña el drama. Aunque ni Maeterlinck ni Debussy podrían haber creado un poema genuinamente dramático, su obra está llena de enorme belleza, en la que la esencia de esta belleza es la fusión de elementos psicológicos, líricos, pictóricos y musicales en escenas individuales. Es aquí en estas realizaciones escénicas, donde las constantes vibraciones son capturadas en un momento decisivo, donde podemos ver la estrecha relación con el impresionismo pictórico. Cuando Pelléas y Melisande se encuentran por última vez, sabiendo que están perdidos, parecería que están felices de que este sea el final, cuando Golaud se para al frente de ellos con la espada desnuda, ellos gastan en besos la poca vida que les queda y nos dejan atónitos, La situación es simple y creíble pero crece más allá de lo simple y de lo creíble, llegando a ser un símbolo de los sentimientos dominantes, Los besos de los amantes crecen hasta simbolizar toda la felicidad humana que esconde la espada desnuda del castigo. Es esa manera misteriosa, frágil y enmudecida que Debussy capturó con sensibilidad incomparable para crear esta pálida, sedosa y hermosa flor de un mundo decadente; no podría uno encontrar una actitud más sensible en músico alguno de su época; es sutil y observa todo, aunque tal sutileza no signifique que los pequeños sucesos tienen gran significado; es tranquilo, triste y emocionalmente fatigado como sus personajes, que vacilan entre la piedad, el deseo y el temor. En forma diferente de los grandes compositores de ópera, se niega a interferir con lo que ha sido decretado; la concreción material ha sido dejada de largo por Debussy; todo se muestra independiente de la materia, porque la belleza transfigura y ennoblece todo a su paso. En el impresionismo, la belleza no está localizada, porque en este arte todo se convierte en bello si se escucha y se mira apropiadamente, "Jamás he visto una cosa fea en mi vida", decía Constable, uno de los grandes antecesores de la pintura impresionista. El impresionismo fue en realidad un movimiento paradójico, tanto en pintura como en música, requirente de una disciplina de la imprecisión que pudiera mostrar la exactitud



Cuando arrojamos una mirada crítica sobre la partitura de Pelléas et Melisande, descubrimos que la sustancia musical de esta ópera es tenue, a veces titilante, a veces atenuada casi hasta la extinción aunque nunca completamente desfalleciente y se afirma hasta algún grado solamente en los preludios e interludios instrumentales. A veces Debussy parece repercutir una postura, repitiendo sin razón un gesto armónico, colorido y agradable y no puede parar de jugar con pinceladas de color, pero todo esto le queda muy bien. Hay pasajes donde esos colores no son reales, donde procedimientos musicales medievales atávicos procuran una luz mágica, en forma no menos atractiva. Es la orquesta la que realmente crea los ambientes y aporta toda la sustancia musical que allí se halla, con la ayuda de leitmotiven! Así el alardeado antiwagnerismo de Debussy se subvertía y su música hacía evidente, aunque en forma completamente diferente, exactamente lo que el compositor francés quería evitar. Su música es impresionista porque está regida, no por la magnífica planificación sinfónica de Wagner, sino por los sentimientos del momento; sus cuadros no están diseñados pero están compuestos por líneas torneadas e intrincadas. La composición está hecha de esbozos, toca todo levemente y pasa flotando sobre las cosas; es lírica, no dramática... No sentimos aquí el agrupamiento efectivo y el desarrollo de los sucesos, el argumento; las escenas individuales simplemente se desvanecen en la forma, en desafíos de cualquier análisis. Es un error el que Pelléas et Melisande no sea una auténtica ópera, no sólo una peculiaridad. Fue creada por un compositor para quien la belleza sensual y hedonística es más importante que el peso de las declaraciones; por esotérica y real y altamente estilizada que parezca, esta ópera captura la belleza de la relación humana y no está menos comprometida con las inmensidades y eternidades por el hecho de que su inmaterialidad y expresividad sean estrechas.